



CAPITULO XVI

La cosa marcha

A su llegada á Londres, y á la casa de la calle de Harley, los jóvenes esposos fueron recibidos por el mayordomo: este imponente servidor se dignó mirar el coche desde las gradas de su vestíbulo, y hasta acompañar á los recién casados al salón donde el señor Merdle esperaba su visita; pero esta fineza se debía considerar más bien como un tributo rendido al bello sexo, del que era ardiente admirador el encoquetado mayordomo.

El señor Merdle se paseaba tímidamente delante de su chimenea, dispuesto á dar la bienvenida á la señora, y apenas la vió entrar, adelantóse como un autómeta para recibir á su hija política, ofreciéndole su mano con la rigidez de un maniquí.

La señora Sparkler, instalada en las habitaciones de recepción... en el santuario de la seda de Persia y del terciopelo... reconoció con satisfacción que su triunfo era hasta entonces completo y que avanzaba un paso más cada día. La víspera

de su casamiento había hecho á la camarera de la señora Merdle, á presencia de esta última, un ligero presente, según ella dijo (una pulsera, un sombrero y dos vestidos, todo nuevo,) pero que valía por lo menos cuatro veces más que el regalo que la brillante dama hizo á la bailarina. Fanny ocupaba entonces la misma habitación de la esposa del banquero, un tanto embellecida de antemano en obsequio á la persona que debía ocuparla.

El correo no había juzgado conveniente que el señor Dórrit se alojase en casa de un amigo, prefiriendo conducirlo á un elegante hotel de la plaza de Grosvenor. El señor Merdle ordenó que se tuviera su coche preparado á primera hora del día siguiente, á fin de hacer una visita al señor Dórrit después de almorzar.

El coche era magnífico, el pelaje de los caballos, de pura raza, relucía, los arneses deslumbraban, y las libreas de los lacayos eran riquísimas: al pasar por las calles aquel lujoso tren, deteníanse los transeúntes para contemplarlo y murmuraban, poseídos de admiración: «¡Ahí va el señor Merdle!»

¡Qué conmoción tan profunda debió experimentarse en el hotel cuando se supo que llegaba Merdle! El dueño, aunque hombre muy orgulloso, que acababa de llegar á la ciudad conduciendo un tronco de dos caballos de pura sangre, fué á recibir al famoso capitalista al pie de la escalera; los dependientes y los criados ocultábanse detrás de las puertas y en los rincones, ó se hacían los encontradizos para ver al célebre millonario Merdle. ¡Sol, luna y estrellas, jamás habréis iluminado á otro tan grande hombre! ¡Era el moderno Crespo que tenía casa abierta para todo el mundo, y que había ganado tanto dinero! Cuando subía la escalera, todos los que se hallaban en el establecimiento tomaron sitio para que la sombra del millonario los tocara cuando saliera.

El señor Dórrit engalanado con una lujosa bata, se disponía á comenzar su almuerzo, cuando el correo, abriendo de improviso la puerta, anunció con estentórea voz:

—¡El señor Merdle!

El anciano se puso en pie de un salto, y su corazón latió con fuerza.

—¡El señor Merdle!...—exclamó,—¡ah! verdaderamente es un honor inesperado. Permítame usted expresarle... ¡hem!... cuanto aprecio... ¡hem!... esta lisonjera atención. No ignoro, caballero, que su tiempo tiene un valor enorme; dignarse concedermé á primera hora algunos de sus preciosos momen-

tos es para mí... ¡hem!... un honor que me inspira el más vivo agradecimiento.

El señor Dórrit estaba efectivamente tan agradecido, que temblaba como un azogado.

El señor Merdle pronunció, con su voz de ventrílocuo, algunas palabras que no significaban nada, y terminó diciendo:

—Tengo la mayor satisfacción en ver á usted, caballero.

—Es usted muy amable—repuso el anciano,—demasiado amable. ¿Cómo sigue usted de salud?

—Bastante bien, como de costumbre.

—Supongo que estará usted muy ocupado.

—Bastante... pero no me fatigo—contestó el señor Merdle, paseando una mirada alrededor de la habitación.

—Sin duda padece usted un poco de dispepsia—dijo el señor Dórrit.

—Es posible, pero ¡bah! me encuentro bastante bien.

—Al salir de Roma—prosiguió el anciano, con tono insinuante,—la señora Merdle era, como sin duda sabrá usted ya, la bella de las bellas... ¡hem!... la reina de todas las fiestas, el encanto de la sociedad romana; y cuando yo salí gozaba de la mejor salud.

—Mi esposa—repuso el banquero,—está considerada generalmente como mujer de gran atractivo, y no soy yo quien diga lo contrario.

—Ni mucho menos yo—repuso el señor Dórrit.

El señor Merdle paseó otra mirada por la habitación, y fijando después la vista en los botones del chaleco de su interlocutor, le dijo:

—Puesto que de belleza hablamos, permítame usted decirle que debemos referirnos ante todo á su hija, que es maravillosamente hermosa. Cuando ví ayer á la joven pareja, quedé verdaderamente sorprendido al contemplar los encantos de mi nuera.

El señor Dórrit, altamente lisonjeado, contestó que no podía menos de repetir lo que ya había manifestado por escrito, expresando el inmenso placer que le causaba la unión de las dos familias.

—He querido—dijo el señor Merdle,—comenzar mi excursión diaria por esta visita, para ponerme á las órdenes de usted, en el caso de que pueda serle útil para alguna cosa; y por otra parte quería decirle que espero me dispensará por lo menos el honor de comer hoy en mi casa, así como tam-

bién todos los días en que no tenga compromiso para ir á otra parte durante su permanencia en Londres.

El señor Dórrit quedó encantado de tan delicadas atenciones.

—¿Estará usted mucho tiempo entre nosotros?—preguntó el señor Merdle.

—Por ahora—contestó el anciano,—mi intención es no permanecer aquí más de quince días.

—Es muy poco tiempo después de tan largo viaje.

—En efecto; pero, á decir verdad, mi apreciable señor Merdle, el clima de Italia conviene tanto á mi salud, que mi visita actual... ¡hem!... sólo tiene dos objetos. En primer lugar el... honor que se me dispensa en este momento, y el cual sabré apreciar en cuanto vale; y después el arreglo... ¡hem!... ó mejor dicho, la colocación más ventajosa que sea posible de mis capitales.

—Muy bien, señor Dórrit—repuso el capitalista,—si puedo serle útil por este concepto, disponga usted de mí.

El señor Dórrit se había expresado con más vacilación que de costumbre al abordar esta delicada cuestión, pues no sabía cómo lo tomaría un potentado de la fuerza del señor Merdle, figurándose que para un hombre acostumbrado á remover el oro á manos llenas, todo lo que se refiriese á una fortuna privada sería un pobre negocio. Más tranquilo por el ofrecimiento que se le hacía, apresuróse á dar las gracias.

—Apenas hubiera osado—dijo,—solicitar el auxilio y los consejos de usted, que tanto me honran, aunque de todos modos estaba resuelto á imitar el ejemplo del mundo civilizado, tomando parte en las especulaciones del señor Merdle.

—Ya sabe usted—repuso el capitalista mirando al mismo tiempo con singular interés el dibujo de la alfombra,—que ahora somos casi parientes, y que por lo tanto tengo el mayor gusto en ponerme á sus órdenes.

—¡Ah! es usted el hombre más amable del mundo.

—No será fácil hoy para un simple extranjero—añadió el señor Merdle,—obtener acciones en los buenos negocios... me refiero á los que son exclusivamente míos...

—¡Naturalmente!—exclamó el anciano con un tono que parecía decir que no conocía otros negocios buenos.

—A menos, sin embargo—añadió el banquero,—de pagar una prima muy subida, ó, como decimos nosotros los capitalistas, de larga cifra.

El señor Dórrit estaba tan satisfecho, que comenzó á reír á carcajadas, exclamando después:

—¡Ah! es muy gracioso eso de la larga cifra, muy expresivo en verdad.

—No obstante—añadió el señor Merdle,—me reservo el derecho de tener ciertas preferencias, ó, como mis amigos dicen, de hacer «ciertos favores...» en recompensa de mis cuidados y desvelos...

—Diga usted más bien de su atrevida iniciativa y de su genio—interrumpió el anciano.

El banquero pareció absorber estos cumplidos como quien traga una píldora, y añadió:

—Con su permiso, ya veré si puedo ejercer mi derecho en favor de usted, derecho limitado, porque hay muchos envidiosos.

—Repito que es usted muy amable, y hasta demasiado bueno.

—Inútil creo advertirle que en las transacciones de este género son de rigor la integridad y la franqueza en el más alto grado; entre los interesados debe haber la mejor buena fe y una confianza ilimitada, pues de otro modo los negocios llegarían á ser imposibles.

El señor Dórrit elogió con entusiasmo tan nobles sentimientos.

—Me veo, pues, obligado á decirle—continuó el capitalista,—que sólo podré favorecerle hasta cierto punto...

—¡Muy bien! ¡muy bien!—interrumpió el anciano.

—Sí, hasta cierto punto—repitió el señor Merdle,—y todo se debe hacer á cartas vistas. En cuanto á mis consejos, no tengo con mis semejantes compromiso alguno que me impida darlos á quien mejor me plazca, y por este concepto siempre estaré á las órdenes de usted.

El señor Dórrit dió las gracias de nuevo; siguióse una pausa; el capitalista volvió á fijar una mirada en los botones del chaleco de su interlocutor, y luego, levantándose de repente, le dijo:

—Como mi tiempo es precioso, debo marchar cuanto antes hacia la Cité. ¿Quiere usted que le conduzca á alguna parte en mi coche, caballero? Tendría en ello el mayor gusto.

El señor Dórrit recordó que necesitaba ver á su banquero, que vivía en la Cité, pero no era cosa de hacer esperar al millonario mientras se ponía la levita. Sin embargo, el señor Merdle insistió, y entonces el anciano pasó á la habitación

contigua, donde su mayordomo le arregló en cinco minutos.

—Ahora—dijo el señor Merdle al salir,—permítame usted ofrecerle mi brazo.

El señor Dórrit se apoyó en el brazo del banquero, bajó la gran escalera, y al ver á los curiosos estacionados en los escalones, parecióle que pasaba sobre su persona un reflejo de la gloria de aquel hombre. Y después, ¡cómo debía honrarle aun el paseo hasta la Cité en el coche del opulento banquero!

La gente que se paraba para verle; las cabezas que se descubrían; las cortesías y saludos sin número dirigidos al maravilloso mortal... ¡ah! jamás se había observado semejante servilismo. Para el señor Dórrit fué un sueño delirante verse en aquel carro triunfal, que proseguía su curso majestuoso hacia un punto bien apropiado á las circunstancias, á la calle de los Lombardos, á la calle del oro y de los más ricos comerciantes.

Llegado á este punto, el señor Merdle quiso á todo trance continuar su camino á pie, dejando su «pobre» coche á disposición del anciano. El hechizo fué más embriagador cuando al salir el señor Dórrit solo del Banco, ocupando el puesto del millonario, y al contemplarle los curiosos con ávida curiosidad, parecióle que decían: «¡Para ser amigo del señor Merdle, preciso es que sea un gran personaje!»

Aquel día, aunque la comida fué improvisada, el señor Dórrit encontró en casa del banquero una brillante sociedad (compuesta de personas que no estaban formadas de la misma arcilla que la de la mayoría de los mortales, sino de otra substancia de primera calidad, cuyo nombre se ignora aun,) que había ido á bendecir el casamiento de la hija del señor Dórrit. Aquel día, la señora Sparkler comenzó á rivalizar de veras con la dama ausente, y lo hizo con tal perfección, que su padre pudo pensar que Fanny había sido mecida en la cuna de una duquesa, ignorando siempre lo que era la «Mariscalía.»

Al día siguiente y al otro, nuevas comidas, con numerosos convidados cada vez más distinguidos: las tarjetas llovían en casa del señor Dórrit como los copos de nieve en un temporal de teatro; la notabilidad del foro, la flor y nata del Episcopado, las altas eminencias de la Tesorería, los individuos del Centro parlamentario, en una palabra, todo el mundo quiso cultivar el conocimiento del señor Dórrit, en su calidad de pariente y amigo del ilustre Merdle. En las numerosas

oficinas que el gran banquero tenía en la Cité, el nombre de Dórrit servía de pase para llegar hasta la persona del capitalista; de modo que el sueño del anciano iba siendo cada vez más embriagador, por la perspectiva del camino que su nueva alianza le permitía recorrer en el gran mundo.

Sin embargo, en los sueños dorados del señor Dórrit había una nube, y esta nube era el mayordomo del señor Merdle. El pomposo servidor, al inspeccionar oficialmente las comidas, contemplaba al anciano de una manera que á éste le pareció sospechosa. Cuando el señor Dórrit cruzaba la antecámara ó subía la escalera, seguía fija la mirada de aquel hombre y siempre que, durante la comida, se acercaba el vaso á los labios, veía á través del cristal cómo el mayordomo le contemplaba con fría y lúgubre expresión. El señor Dórrit comenzó entonces á temer que aquel vasallo hubiese tenido relaciones con algunos presos de la Mariscalía, ó hasta hubiera sido presentado á su decano, en la época que el anciano se esforzaba por olvidar. Por esto examinó al mayordomo con toda la atención con que era permitido examinar á semejante hombre; pero no recordó haberle visto en ninguna parte; de modo que al fin inclinóse á creer que aquel individuo no era suficientemente respetuoso ni tenía grandes condiciones para el servilismo. Sin embargo, esta idea no le alivió, pues fuera cual fuese la causa de su impertinencia, el caso es que el majestuoso servidor le miraba siempre con cierto aire de desdén. El señor Dórrit pensó que no debía insinuar que le era desagradable semejante persistencia, ni preguntar tampoco lo que significaba, porque aquel altivo mayordomo era muy severo con sus amos y sus convidados, y no toleraba nunca que nadie se tomase la menor libertad respecto á su persona.

